

XXIII

CUÁN limitada es la fuerza del hombre para gozar, y cuán inmensa para sufrir! Cuando una cosa le entristece, en vano llama en su socorro toda su razon y toda su voluntad: la tristeza le persigue y no le deja durante dias y noches enteras: la herida no deja de brotar sangre; pero cuando vé cumplidos sus mas caros deseos, cuando toca á lo que cree la cima de la felicidad humana, sus fuerzas disminuyen al instante y su alma vuelve por fluctuaciones inciertas á ese sentimiento de dolor que parece su natural destino!

La víspera, habia yo nadado en la suprema felicidad: el mas brillante triunfo, los aplausos de miles de adoradores, las alabanzas, la envidia de todos, la revelacion del amor de Rosa, todo esto reunido, no bastaba para la dicha de mi vida entera? Y no obstante, hacia ya muchas horas que me hallaba sentado en mi cuarto, los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza inclinada bajo el peso de mil inquietos pensamientos!

Luchaba, no obstante, con el desaliento que queria apoderarse de mí; probaba á hacer revivir las escenas deliciosas de la víspera, y me figuraba oír aún el estruendo de los aplausos de la multitud; yo queria ver de nuevo en mi imaginacion las lágrimas que habian brillado en los

ojos llenos de amor de Rosa; en una palabra, tenia miedo de la tristeza que iba invadiendo mi alma y trataba de levantar entre ella y yo como un escudo, el recuerdo de mi dicha; mas á pesar de todos mi esfuerzos para hallar mi valor, mi entusiasmo y mi embriaguez pasadas, no me fué posible hacer brotar de nuevo en mí las sensaciones de la víspera.

Fatigado de esta lucha inútil, caí en mi asiento y arrojé con terror una mirada dentro de mí mismo buscando la razon de mi impotencia; esta razon era la voz de mi conciencia, que en mi deseo insensato de ser dichoso habia tratado de sofocar: incliné la cabeza vencido y á mi pesar presté atencion á lo que me decia aquel juez implacable.

¡Ay! mi alegría era la ingratitud! Mi dicha un crimen! Espantosa verdad!

Yo no era nada sobre la tierra, sino por la generosidad de Mr. Pavelyn; todo cuanto poseia, instruccion, inteligencia, esperanza de fama y hasta los vestidos que usaba, era debido á sus beneficios: y no contento con los dones generosos que su bondad habia sembrado tan pródigamente en mi camino, me atrevia con desprecio de su tranquilidad á alimentar una esperanza de la cual la sola revelacion les helaria de vergüenza y de espanto, á él y á toda su familia! El hijo del fabricante de zuecos era dichoso porque se creia amado de Rosa! En tan loca ceguedad ¿cuáles podian ser los deseos secretos de su corazon? ¡Horror! arrastrar á la hija de sus bienhechores á una union desigual y prepararles á ella y á sus padres una existencia emponzoñada para siempre por el pesar de semejante humillacion.

Estos reproches de mi conciencia, á pesar de mis esfuerzos para huir de ellos, pesaron poco á poco tan rudamente en mi espíritu, que me sentí aniquilado bajo esta dolorosa, pero evidente verdad.

Durante largo rato, permanecí inmóvil, con el pecho

oprimido y el rostro pálido; yo era incapaz de cometer una cobardía, y temblaba á la sola idea de llegar á ser ingrato: pero costó á mi pobre alma muchos y terribles esfuerzos, para conseguir sofocar una esperanza sin cesar renaciente.

Quando hube en fin escuchado las unas despues de las otras, todas las acusaciones de mi conciencia y reconocido mi locura, la imágen del deber se levantó delante de mí, para exigirme mas que una renuncia pasiva: me dije que no bastaba el arrancar de mi corazon hasta la última raíz de este amor culpable, si no que debía matar yo mismo en el seno de Rosa su funesta inclinacion: era preciso que rompiesen mis propias manos, mi esperanza, mi fé, todo mi sér: era preciso apagar la única luz de mi vida, y aceptar un porvenir espantoso, oscuro y sombrío como un abismo; no habia medio de huir el sacrificio; el deber estaba ante mí, imperioso, inexorable, mostrándome de un lado el reconocimiento y el respeto: del otro, la vergüenza y la cobardía.

En fin, tomé mi partido. Decidí alejarme de mis bienhechores, y quitar todo alimento á la inclinacion de Rosa; por medio de una ausencia prolongada la dejaria creer, no solamente que yo era insensible á su amor, si no que su presencia me era desagradable, y que quería huirla.

¡Cruel resolucion! si Rosa amaba como yo, qué amargo cáliz iba á hacerle apurar hasta las heces! mas aunque mi piedad por lo que ella iba á sufrir me trajese lágrimas á los ojos, no habia otro remedio, y era preciso inclinar la cabeza bajo el peso de la fatalidad.

No me atrevia á dejar de repente la ciudad y el país: pero habia resuelto partir al instante para Bodeghem, y permanecer durante largo tiempo al lado de mis padres y á fin de habituar á mis bienhechores á mi ausencia; allí en la soledad pensaria maduramente lo que me restaba

que hacer, y si lo juzgaba á propósito partiria de Bodeghem para Bruselas para buscar trabajo con que subvenir á mis necesidades en el taller de algun escultor.

Lo que mas temia, era no tener valor para cumplir con mi triste deber.

A todo prisa, preparé dos baules con ropa blanca, trajes, y todo lo necesario á una persona que vá á emprender un largo viaje.

Pensaba escribir á Mr. Pavelyn excusando mi súbita partida y diciéndole que me sentia indispuerto y fatigado y que habia partido para Bodeghem á fin de tomar algun reposo y de reparar mis fuerzas.

Para llegar á la puerta de la ciudad tenia que atravesar la plaza del Mar y pasar por delante de la casa de Mr. Pavelyn: pero no queria exponerme al peligro de ser visto y reconocido por Rosa ó por él: desconfiaba de mi debilidad y sabia que el menor acontecimiento echaria por tierra mi resolucion.

Tomé, pues, el partido de pasar por la calle de Rennes, de atravesar el cementerio y de salir de la ciudad por la calle Nueva, sin acercarme á la plaza del Mar: al abrir la puerta de mi cuarto dediqué una larga mirada á aquella pequeña habitacion, que me habia visto hacerme hombre: que habia recibido la confianza de mis alegrías, de mis esperanzas y de mis pesares: una lágrima humedeció mis pupilas y me arranqué con violencia de aquel lugar querido como un desterrado se arranca de los brazos de un amigo que acaso no volverá á ver jamás.

Quando entré en la calle de Rennes podrian ser las diez de la mañana: aquel triste adios pesaba amargamente sobre mi corazon: un velo negro se extendia ante mis ojos: no fijaba atencion alguna en los transeuntes y seguia mi camino completamente absorto en mis dolorosos pensamientos.

De repente me detuve y mis piés se hallaron como cla-

vados en el suelo: alcé la cabeza y retrocedí hasta la mitad de la calle; dejando escapar un grito de dolorosa sorpresa: me hallaba ante la casa de Mr. Pavelyn! ¿cómo había llegado allí? ah! en tanto que me hallaba sumergido en mi profunda desesperacion, el alma de Rosa, por un poder misterioso, habia atraído mi alma como el iman atrae al acero!

Quise alejarme: pero la doncella de Rosa, que se hallaba de pié junto á una de las ventanas del piso bajo, me dijo por señas que iba á abrirme la puerta.

No me atreví á huir: si lo hacia, ¿qué podrian pensar de una conducta tan inexplicable? pensé que seria mejor informar á Mr. Pavelyn de mi partida en pocas palabras, y para esto no tenia que estar mas que algunos instantes: la puerta se abrió y yo entré con la firme decision de salir lo antes posible: la camarera me condujo hasta el comedor, donde, segun dijo, se hallaba Mr. Pavelyn.

Aun no he podido darme cuenta despues de tantos años transcurridos de cómo en aquel instante no rendí el secreto de mi corazon al rededor de una mesa en la cual estaba servido un suntuoso desayuno, ví á Rosa y á su lado á Conrado de Somerghem!

El frente de la mesa estaba ocupado por Mr. y Mme. Pavelyn y entre ellos habia un caballero grueso que debia ser el padre de Conrado porque los rasgos característicos de sus semblantes eran los mismos.

Mr. Pavelyn me dejó apenas el tiempo de abarcar con una mirada la escena que tenia á la vista: á mi aparicion, se levantó lleno de alegría, me estrechó la mano, y me hizo sentar al lado suyo: en seguida empezó á hablar con mucho elogio de mi triunfo y de mi porvenir de artista, presentándome á sus convidados como un jóven agradecido, valeroso y bueno.

Mr. Pavelyn y el anciano Somerghem parecian muy animados y yo supuse que el vino de España que se veia

sobre la mesa contribuia no poco á su buen humor: hablaban sin cesar en voz alta y me abrumaban á preguntas, á las cuales respondian ellos mismos sin dejarme el tiempo de pronunciar una palabra, lo que era para mí una felicidad, pues mi atencion y mis pensamientos se hallaban en otra parte.

Conrado tenia impresa en el rostro una radiante expresion de dicha: de cuando en cuando inclinaba la cabeza hácia Rosa y la decia en voz baja y sonriendo algunas palabras que yo no podia distinguir, pero que encontraba un eco doloroso en mi corazon: habia en su alegría y en sus gestos alguna cosa de atrevido, alguna cosa de familiar que me hacia temblar de indignacion y me heria como si insultarse á la que amaba mas que á la luz de mis ojos.

Rosa le escuchaba con una cortesía paciente y hasta trataba de sonreír: solo una mirada me habia dirigido y en ella creí comprender que se quejaba de la crueldad de su suerte y que imploraba piedad para sus sufrimientos.

¿Qué sucedia allí? ¿qué podia ser? ¿por qué los dos padres se hacian señas de inteligencia y de satisfaccion? ¿por qué Mme. Pavelyn tenia constantemente los ojos fijos en Conrado de Somerghem con los ojos húmedos de lágrimas?

Un temor espantoso me agitaba: mi corazon palpitaba hasta quererse romper: sentia que se aproximaba el momento en que ya no podria contenerme por mas tiempo y que iba á escapárseme un terrible secreto: me levanté y dije balbuceando á Mr. Pavelyn que habia formado el proyecto de ir á Bodeghem y de pasar algun tiempo al lado de mis padres para reponerme de la pasada fiebre y de la fatiga de los exámenes, añadiendo que no habia querido partir sin informarle de mis deseos y que habia venido para despedirme de él y de su familia.

Mr. Pavelyn me dijo que hacia muy mal en dejar á Amberes: mas como yo insistiese acabó por concederme que

era razonable mi deseo de ir á buscar reposo al lado de mis padres, despues de tanto trabajo y de tanta agitacion.

Dirijí á Rosa una última mirada; saludé á los demás y salí.

En la antesala y en el instante en que tomaba mi baston y mi sombrero, me sorprendió una voz de muger que me hablaba al oido con acento bajo y misterioso.

Me volví temblando, y sin duda estaba muy pálido, porque la persona que me habia hablado y cuyas palabras no habia yo comprendido, exclamó riendo:

—¡Dios mio, Mr. Leon, qué fácilmente os asustais! ¿Estais tan pálido como si hubiérais visto aparecer un espectro ante vos!

Era la doncella de Mme. Pavelyn, que me profesaba mucho afecto, pues me conocia desde niño: en aquel instante su presencia inesperada me habia causado un dolor profundo y la miré con amargura.

—Vamos, no os enfadeis, dijo: queria participaros la gran noticia, pero ya la sabeis ¿no es cierto?

—¿La gran noticia? ¿no!

—¿No habeis visto ese hermoso jóven que está en el comedor? es millonario y de una ilustre familia!

—¿Y qué, exclamé temblando de dolor y de impaciencia, qué quereis decir?

—¿De modo que no lo sabeis? La señorita va á casarse: ese jóven es su prometido.

Esta noticia me desgarró tan cruelmente el corazon, y me fué preciso tan grande esfuerzo para ocultar mi desesperacion, que me precipité fuera de la puerta soltando una insensata carcajada, y eché á correr sin saber á donde me dirijia.

Pocos minutos despues me hallaba de nuevo en mi cuarto, preguntándome con asombro lo que habia ido á hacer allí: ¿por qué alejarme, por qué dejar la ciudad y quizá el país, ahora que Rosa iba á casarse, ahora que una

barrera formidable iba á levantarse entre los dos? No era acaso esta idea la que me habia llevado á mi habitacion, sino la fuerza de la costumbre.

A aquellas paredes habia yo confiado todos mis secretos, todas las palpitaciones de mi corazon: la necesidad de una expansion solitaria, me habia llevado allí: y esta vez todavía el pensamiento bebió mis lágrimas amargas.

Insensiblemente mi sangre comenzó á hervir, y una rabia indescribible secó mis ojos: formé el proyecto de esperar á Conrado de Somerghem en medio del dia y en la calle: queria llamarle traidor, azotarle el rostro, decirle que uno de los dos debia morir, y que si no era un cobarde, tenia que optar porque la espada ó la pistola decidiesen entre ámbos: pero casi en seguida, una sonrisa irónica contrajo mis lábios, porque reconocí que yo era de un nacimiento demasiado humilde para esperar que el noble y brillante Conrado acogiese mi provocacion de otro modo que con el insulto y el desprecio.

¿Quién sabe si me encerraria en una prision como á un loco peligroso? Y por otra parte, esta agresion violenta ¿no haria del secreto de mi amor un escándalo público? y mis bienhechores? y mi madre?

Caí abrumado sobre una silla: oculté entre mis manos mi abrasada cabeza, rechinando los dientes de furor al reconocer mi impotencia: de súbito me levanté de un salto al oir los pasos de una persona que subia la escalera: era la señora Petronila, que corrió hácia mí gritando:

—Mr. Leon, Mr. Leon, ¡gran noticia! ¿lo sabeis ya?

—¿Qué decís?

—¿Qué la señorita Rosa se casa!

Yo la miré con ojos extraviados.

—Ya veo que esta noticia os sorprende, prosiguió mi huésped: á mí tambien me ha causado grande impresion cuando mi marido, que viene en este momento de la calle, me lo há dicho: si yo fuera que voz, ahora mismo iria

á casa de Mr. Pavelyn á felicitar á la señorita, porque va á hacer un matrimonio brillante, y parece que están todos muy contentos!

Aun hablaba Petronila cuando yo bajaba desatentado la escalera para no oirla.

Maese Juan fumaba su pipa tranquilamente sentado á la puerta: volvióse al ruido de mis pasos y me dijo en tanto que se separaba para dejarme paso.

—Parece que ya sabeis la novedad: ¡la señorita se casa!

Le empujé con violencia y me lancé á la calle con una precipitacion furiosa: lós transeuntes y hasta las casas, todo gritaba á mi oido.

—¡Ya lo sabeis? ¡Rosa se casa!

Cuando llegué á la puerta de la ciudad y ví ante mis ojos la extensa campiña, y el caminito sombreado de grandes árboles que llevaba á mi aldea, me pareció que la ciudad habia reunido en una sola todas sus voces para gritar aun detrás de mí:

—¡No sabeis lo que sucede? ¡Rosa se casa!

XXIV

IGNORO cómo me hallé en Bodeghem: mis padres creyeron, como Mr. Pavelyn, que habia ido á mi pueblo natal para restablecerme de mi enfermedad, y descansar de las fatigas del concurso de la Academia: mi debilidad evidente y mi extrema demaeracion daban á esta suposicion una apariencia de verdad: si yo hubiera aparecido en la casa paterna, en el estado de demencia en que habia salido de la ciudad, cada uno, y sobre todo mi madre, hubiera adivinado que me sucedia alguna cosa extraordinaria, y que un dolor mortal destrozaba mi corazon: pero desde mi huida de Amberes, habia tenido tiempo de tranquilizarme poco á poco; el aire fresco, la calma de los campos, la fatiga de un largo viaje á pié, habian domado mis pasiones y dejado penetrar en mi espíritu la luz de la razon.

Dos horas antes de llegar á mi aldea habré vuelto á hallar la plena conciencia de mi deber: habia resuelto de nuevo encerrar en mi corazon el secreto de mi dolor, y guardarle hasta la tumba: ahora que Rosa iba á casarse, la menor confidencia de mi amor, el mas ligero signo que pudiera vender sus sentimientos ó los míos, hubiera sido una cobardia ó una mala accion: ya no podia decir nada, ni aun á mi madre: de otro modo, mi padre llegaria á sa-